si no la fé, por mi parte, al menos la caridad nos dará un buen consejo: estoy por lo tanto á las órdenes de usted, Reverendo Padre.

Fray José estaba un poco desconcertado.

Su vanidad de fraile de polendas, le habia hecho notar que el Licenciado Verdad le daba un tratamiento especial. No le habia llamado *vuestra paternidad*. Le disonaba el usted, y creia notar algo forzado en el "*Reverendo Padre.*"

De todos modos, Fray José propuso al Licenciado, segun lo concertado con Doña Mariana, que en su caracter de Secretario íntimo del Virey, interpusiera sus respetos á fin de que en bien de una familia noble y distinguida tomase alguna disposicion gubernativa y adecuada al asunto.

Así se convino, ofreciendo el Licenciado hablar con el Conde de Revillagigedo á la mayor brevedad.

Acompañó á Doña Mariana hasta el pátio; aceptó respetuosamente la mano del Fraile sin besarla, y se despidió con la mayor cortesanía.

CAPITULO XVI.

LA INFAMIA, COMO EL HUMO, LLENA DE HOLLIN EL LUGAR POR DONDE PASA

En la mañana de ese mismo dia Quintero y Blanco entraban á la casa de Aldama donde yacia éste enfermo.

Quintero contó su pérdida en el juego, Blanco se lamentó de su estado de pobreza, y Aldama juró mil veces vengarse de Don Carlos.

—¡Maldito médico! esclamaba Aldama. Si no hubiera sido por tu buena tia que no ha cesado de curarme, me divertiría ocho dias en la cama.

—Pero al fin estás restablecido, le dijo Quintero.

—Estoy mejor, y con dos dias mas, estaré fuerte; y necesito estarlo por que estoy decidido á tomar una venganza cruel.

CAPILLA ALFONSINA

—¡Por los cuernos de Satanás! que lo mismo opino, dijo Quintero. Es preciso matar á ese pillo.

—Si al menos pudiésemos recuperar las onzas, añadió Blanco.

—Ea, Señores, hablemos formalmente.

—Venimos con ese fin, dijo Quintero. Conque ¡al avío!

—Yo opino, dijo Aldama, que mientras no demos un golpe combinado y certero, que dé por resultado sacarnos de pobres, no habremos hecho mas que jugar la piel por vagatelas insignificantes.

El ladron es un género de planta que la sociedad acepta bajo ciertas condiciones.

—Eso es infalible, dijo Quintero.

—Diez años he perdido ya en esta bendita tierra, y todavía no he acertado á dar el golpe final.

—Los tres no hemos hecho mas que ensayos más ó menos felices, dijo Quintero.

—Pero sin mas resultado que estar pobres como cuando desembarcamos, añadió Blanco.

—Ahora es diferente y debemos ya obrar en alta escala: la alta escala es la impunidad, la alta escala es el terreno de los grandes ladrones, de los ladrones felices.

—De los señores ladrones, añadió Quintero.

—Proporcionémonos la miserable suma de trescientos mil pesos.

—¡Cien mil para cada uno! dijo Blanco.

—Es un robo ratero á la propiedad universal, añadió Aldama.

—Cien talegas no son mas que la primera partida de una negociacion cualquiera, con acciones á la honradez y á la

consideracion social.

—¿Quién no es honrado con cien mil pesos?

—Yo ofrezco ser el primer santo rico, dijo Blanco.

—Y yo el primer rico santo agregó Aldama. Sobre todo, si en este mundo estuvieran repartidas las riquezas en proporcion de las virtudes, tendriamos de que quejarnos: pero es bien probado que ni la virtud ni el trabajo producen la riqueza.

La riqueza es hija lejítima del robo. Si los hombres no se robaran unos á los otros, todo el mundo sería pobre. Ni el comercio, ni la industria hacen circular en el mundo tanto dinero como el robo.

El ladron es el distribuidor social, es el protector indispensable de la circulacion.

El ladron roba lo que sobra, y lo derrama.

Nadie roba sino los escedentes de numerario disponibles, que son, ante la circulacion universal, simples depósitos.

Quintero y Blanco estaban asombrados del *talento* de Aldama.

—El quid está en averiguar, lo primero, en donde hay un simple depósito de trescientos mil pesos en adelante.

Es muy sencillo: en cajas reales, dijo Quintero.

—Bueno; pero las arcas reales estan fuera de nuestro dominio. Las arcas reales no se dejan tocar, como los leones, mas que por sus amos.

En todo caso, respetemos la propiedad especial. Las arcas reales son la propiedad de los de arriba.

—Que Dios les ayude, dijo Quintero.

—Nosotros estamos destinados por el equilibrio universal, á derramar el escedente de los paisanos que nos han prece-

CAPILLA ALFONSINA

dido en atesorar.

—Eso me parece de todo punto justo.

—La verdadera justicia es la equidad en la distribucion, continuó Aldama.

Azcoiti, Dongo, El conde de Santiago, Borda y Terreros, no merecen mas que nosotros su fortuna.

Si del mundo no hubiera huido para siempre la verdadera fraternidad, hoy suscribiriamos un fraternal vale al portador por trescientos mil pesos, y mandabamos decir hasta treinta misas en fé de nuestro reconocimiento.

—¡Bien! !bravo! !bravo! esclamó Quintero: á Felipe le sientan los golpes en la cabeza.

—Mas de temple me ponen los de la bolsa.

—Y á mí.

—Y á mí tambien, dijo Blanco.

—Ea, Señores, esclamó Aldama, despues de un momento de refleccion. Elijamos una casa fuerte, fijémonos de una vez, si es que ustedes están decididos á seguir mis proyectos.

—¡No hemos de estarlo! dijo Quintero.

—Por mi parte, dijo Blanco, trabajaría con gusto si contara de pronto al menos con algunas onzas, por que ante todo no debe uno aparentar miseria en estos momentos.

—Dice muy bien Don Joaquin.

—Prestémosle diez onzas cada uno, dijo Aldama.

—Yo perdí anoche.

—Corriente, yo le presto las veinte. ¿Te basta?

—Me conformo, dijo Blanco.

—Convenidos. Vuelve por mí en el coche azul, y pasaremos á la Alcaicería por el dinero.

—A la oracion nos veremos los tres en mi casa.

—Yo no podré concurrir, dijo Quintero.

—¿Por qué?

—Por que tengo un negocio urgente.

—¿Que negocio?

—Una aventura.

—¿Galante?

—Exactamente.

—¿Se puede saber? preguntó entonces Blanco.

—La contaré mañana.

Aldama se acordó de Margarita, y sintió algo profundamente desgarrador: sintió que los celos se rebelaban constantemente en su interior, recordó en un momento su amor, el amor de Margarita, de aquella muger tan apasionada, tan ardiente y tan desgraciada; sintió en seguida la vergüenza de su vileza, en traspasar á Margarita como un mueble, y sintió por fin, algo que protestaba en su interior contra aquel proceder inmundo.

—¡Baltasar! esclamó conmovido. He sido un estúpido. Permíteme retirar mi palabra. He cometido una infamia.

—¡Hola! ¡hola! díjo Quintero: ahora te vienes haciendo el sentimental. ¿Qué, ya olvidaste que te he dejado obrar á tu antojo en la casa de Teresa? ¿No hemos cambiado? ¿He dejado de cumplir por mi parte con lo pactado?

—Nó, Quintero, pero mientras he estado enfermo no he cesado de pensar en Margarita, y por una fatalidad, por una aberracion de la fiebre, no he recordado nuestro infame pacto, he pensado en ella, como pensaba en los primeros dias; Quintero, te lo ruego, no toques á Margarita.

Una carcajada de Quintero, selló los lábios de Aldama quién bajó la cabeza verdaderamente abatido.

CAPILLA ALFONSINA

—He ahí el lado flaco de los hombres, Don Joaquin, decia Quintero á Blanco. He ahí al de las teorías sobre el equilibrio y la circulacion. Cuestiones de equilibrio y de circulacion son las mugeres, mi tierno Adónis. ¿O lo merecen mas las onzas de oro que las mugeres? Me resigno á cargar con Margarita; casi tendré necesidad de domesticarla, por que está hecha un oso blanco, es feroz la chiquilla, y me ha picado la cresta. Necesito ponerla suave como un guante; y cuando emprendo mi ataque, Don Felipe se espanta y nos quiere hacer creer que está enamorado.

Y Quintero reia burlándose de Aldama. Blanco leia en aquellos dos hombres con avidéz como en las páginas de una obra prohibida.

Aldama sufria horriblemente. Jamás recriminacion alguna le habia afectado tanto, y parecia que un nuevo soplo de vida se levantaba en su corazon, regenerándole y deslumbrándole: el amor de Margarita.

—Don Baltasar, dijo levantándose, otra vez mas, y la última; suplico á usted que desista.

Otra carcajada de Quintero acabó de desconcertar á Aldama. Estaba pálido de ira.

Luego fijando su penetrante mirada en Don Baltasar le dijo con voz ahogada.

—Ya estoy capaz de empuñar la espada, Don Baltasar.

—¿De empuñar.....la espada? repitió este maquinalmente y sorprendido de lo desfigurado que estaba Aldama.

—Voy....á defender....¡á Margarita!

—¿Quiere decir que vamos á disputárnosla?

—Precisamente.

—¿Aquí?

Aldama midió la pieza con una mirada.

—Aquí estariamos incómodos.

—Señores, dijo Blanco, interponiéndose. Me parece que no debemos dejar lo mas por lo menos. En todo caso no se trata mas que de una muger.

Aldama miró á Blanco de una manera feroz.

—Por mi parte, dijo Quintero, si no se tratara mas que de una muger, prescindiría de ella, pero se trata de mi amor própio ultrajado por ella, de mi palabra burlada por éste.... Caballero, y de una amenaza que está bailando en la punta de mi espada. Segun esto, la cuestion no es muy sencilla.

—Es indispensable un duelo á muerte.

—A muerte, repitió Quintero. De esta manera la partida es igual; de un lado, Margarita y cien mil pesos y del otro la muerte.

—Estoy conformé y estoy contento. No necesito ya mas que un padrino.

—Lo espero en mi casa, calle del Aguila número 23.

—No faltará. Vamonos Blanco.

Y Aldama quedó solo .....

.....

Pasó un largo rato para que Aldama se moviera del sitio en que habia quedado de pié. Sentia como si una sacudida violenta hubiera removido el fango de su conciencia, antro asqueroso, en cuyo fondo brilló una sola luz, fugaz como un meteoro: el amor de Margarita.

En aquel amor, como la repercusion del bien perdido, miraba Aldama en este momento, algo parecido á la esperanza y al consuelo.

Aldama segun lo hemos dicho anteriormente, hubiera po-

CAPILLA ALFONSINA

dido regenerarse por medio del amor de Margarita, hubiera podido cambiar el rumbo de la suerte.

Aldama lo conocia mas en este momento que cuando amaba á Margarita, y hoy veia como la esperanza perdida del precito, una luz que cintilaba aun como una estrella en la negra noche de sus recuerdos.

Iba á batirse con Quintero, y esperimentaba esa sorda angustia, oia esa voz místeriosa é inarticulada que oyen los que van á morir, sentia esa tristeza enunciadora que siente á veces el soldado antes de entrar al combate.

Se miraba traspasado por la espada de Quintero.

Veia á Quintero amando á Margarita.

Veia á Margarita llorando, huyendo y siempre amándolo.

Y siempre llamándolo.

No era justificable ante la moral pública la conducta de Margarita, pero con el estigma de sus faltas se veia en su frente la honda huella de la desgracia.

Era una flor caida en el fango, pero cuyo caliz guardaba aun la esencia pura.

Esa gota de esencia era la promesa de la regeneracion de dos seres.

Margarita lanzada por Aldama al torbellino del mundo, se alejaba hoy de Aldama, como la barca que se pierde en el horizonte.

Aldama viajaba en la nave de su conciencia, al través de su pasado y se estremecia.

Margarita lo llamaba, pero él no podia ir.

Tragaba, como las heces de amargo veneno, la certidumbre de su condenacion.

Estuvo solo y meditando mas de dos horas en el fondo de

su fantasía preñada de sombras, revoloteaban como palomas blancas estas ideas.

"Arrepentirse, orar, amar, rehabilitarse."

¡Pobre conciencia humana, luchando siempre como la madre cariñosa del hombre contra las pasiones y contra los vicios, aconsejando y avisando al hombre que se salve, mientras el hombre, ciego y delirante, se precipita hacia el abismo!

Blanco estuvo de vuelta en el coche azul, al que subió Aldama mas pálido y demudado que durante su enfermedad.

No habló una sola palabra en mucho tiempo: en vano Blanco le hablaba para sacarlo de su abatimiento.

Aldama estaba mudo y abrazado á su conciencia.

Entregó en silencio á Blanco veinte onzas cuando estuvieron en la Alcaiceria y las únicas palabras que profirió fueron estas.

—En la tarde nos batiremos: si vivo, nos veremos aquí á las ocho.

Blanco salió y Aldama volvió á montar en el coche.

Por su parte Blanco se ocupó desde luego de la conveniente distribucion de sus veinte onzas.

Hacia algun tiempo que no poseia cantidad igual.

Fué convidado por Quintero para concurrir en la noche á las diez á la casa de Teresa

---

CAPILLA ALFONSINA

CAPITULO XVII.

EN EL CUAL SE INICIA AL LECTOR EN ALGUNOS SECRETOS DE LAS BRUJAS.

Cuando Quintero fué á su casa supo que le habia buscado varias veces un muchacho que se llamaba Cuco.

Filomeno, el cochero del coche azul, le habia dicho tambien que Cuco andaba desatinado buscándole.

Nádie le habia buscado hasta el medio dia de parte de Aldama.

Don Baltasar calculó que tendria tiempo de buscar á Don Cárlos y pedirle cuenta de sus onzas, por que queria saldar esta cuenta antes de concurrir al desafio, á pesar de tener la conviccion de no ser muerto por Aldama.

—De todas maneras será un ensayo: probaré mi espada en

CAPILLA ALFONSINA

el médico y la usaré en Aldama. Busquemos al pillo del médico.

Fuese en derechura á la casa de Don Manuel de la Rosa. Era la hora en que Cárlos daba á Isabel la leccion de escritura.

Don Cárlos bajó llamado por Don Baltasar.

—Vengo, le díjo éste, á arreglar con usted un asunto de honor.

—Estoy á las órdenes de usted, Señor Quintero.

Sorprendió á Quintero la serenidad de Cárlos.

—Suplico á usted pues que me siga.

—¿Necesitaremos armas? preguntó Cárlos.

—Me parece que sí.

—Permítame usted entonces que consiga.... ¿una espada? preguntó dirijiéndo una mirada á la de Don Baltasar.

Don Cárlos se embozó en su capa y se ciñó una buena espada que le facilitó uno de los dependientes de la casa de Don Manuel.

—¿A donde vamos? preguntó.

—Para San Lázaro, si usted gusta.

—Es igual, vamos: y cediendo la acera á Don Baltasar echaron á andar hácia la garita de San Lázaro.

Aldama habia buscado por todas partes un padrino; y entre todos sus compadres y amigos, solo un ex-teniente de milicias españolas, dado á la bebida, aceptó gustoso la comision; los demas se habian negado á ser padrinos de un duelo entre dos íntimos amigos.

El ex-teniente se llamaba Don Valentin Roa, y recibió la consigna de avisar á Quintero que Aldama le esperaba á la puerta de la casa de la Tia Teodora en la Candelaria de los

Patos, á las seis de la tarde.

Eran las cuatro cuando Don Baltasar caminaba hácia San Lázaro con Don Cárlos.

Al pasar cerca de Catedral, un criado de Quintero le entregó un papel, escrito con lapiz, concebido en estos términos.

"Don Felipe Maria Aldama y Bustamante espera al Señor Don Baltasar de Quintero á las seis de la tarde de hoy á la puerta de la casa de la Tia Teodora.—"El Teniente Don Valentin Roa."

—Hace media hora que busco á su merced dijo el criado.

—Está bien: vete; dijo Quintero, que habia leido el papel en voz alta delante de Don Cárlos.

—¿Es el mismo sitio á donde vamos en donde espera á usted el Señor Aldama?

—Cási, contestó Quintero.

—¿El Señor Aldama tambien me necesita?

—Es probable.

—¿Y el Señor Blanco estará tambien?

—Si Señor.

Y siguieron caminando silenciosamente, atravesando por el Palacio episcopal, el convento de Santa Inés, el callejon del Amor de Dios, Calles de la Santísima y Los siete Príncipes.

Al llegar á la plazuela de San Lázaro Cárlos se detuvo.

—¿Puedo saber ya el negocio que habremos de arreglar?

—Señor Don Cárlos, por mi parte solo un medio encuentro de evitar un lance

—Es que no lo rehuso, en todo caso.

—Podría usted preferir la devolucion.

—¡La devolucion! ¿de qué?

CAPILLA ALFONSINA

—De mi dinero.

Cárlos se sonrió ingenuamente.

—Hablo formalmente. Si usted me devuelve íntegras mis cincuenta onzas, olvidaré el chascarrillo.

—No comprendo á usted Señor Quintero.

—Entonces avanzaremos para buscar un sitio mas solitario.

—Avanzaremos hasta donde usted guste; pero espero no me rehusará usted una esplicacion de sus palabras, así como yo no le rehuso el duelo.

—Deseaba no avergonzar á usted; pero supuesto que usted se empeña en ello, tendré que recordarle que despues de la comida que tuvimos en la Villa de Guadalupe y despues que hubo usted vencido, en buena lid se entiende, á Aldama y á Blanco, ha tenido usted á bien cargar con nuestras onzas como botin de guerra.

—¡Señor Quintero! gritó Carlos parándose. ¿Es usted quién me hace ese insulto?

—Soy yó el que le recuerda á usted un hecho que parece habia olvidado.

—Supongo que no será usted quién afirme que ha visto lo que dice.

—Nó, yo efectivamente no lo ví, pero nuestro amigo Blanco le ha denunciado á usted.

—Señor Quintero, dijo Cárlos con aire solemne: fio en que me hará usted la justicia de creerme un hombre de honor.

—Hasta hace poco.

—Señor Quintero, ahora soy yo quién invita á usted á que midamos nuestras espadas; pero tenga usted bien entendido que no he sido yo quién ha robado á ustedes, que si tales

fueran mis arbitrios para subsistir, tiempo he tenido de asociarme á ustedes como lo han pretendido.

Sé que este es un lazo que se me tiende para hacerme aparecer culpable de las mismas faltas de que ustedes se gloriran. Se teme á la rectitud de mis principios, y se busca una manera de deshacerse de mí. Estoy conforme, y antes de vender cara mi vida, como la venderé, declaro como hombre de honor, que si de los cuatro que estabamos presentes alguno de nosotros es el ladron de las onzas de usted, en primer lugar no soy yo, no pueden tampoco ser ni usted ni Aldama.....

El nombre de Blanco callado por Cárlos sonó tan fuerte para Quintero que comenzó á vacilar: hasta ese momento Quintero habia dado acceso á la denuncia de Blanco, sin sospechar de él, y como hasta en los hombres mas ciegos existe la intuicion de la justicia, Quintero pasó subitamente de la certidumbre de Cárlos á la certidumbre de Blanco.

Durante esta reflecion ambos contendientes guardaron un profundo silencio.

En seguida Quintero, cambiando de tono, dijo á Cárlos:

—Espero que dentro de una hora, lo mas tarde, este asunto quedará allanado entre los cuatro. Suplico á usted pues que esperemos á Aldama y á Blanco.

Y atravesando la plaza de San Lázaro se internaron en unos callejones inmundos que conducian á la Candelaria de los Patos.....

.....

Aldama habia fijado el lugar de la cita á la puerta de la Tia Teodora por esta razon:

Aldama iba á buscar en la cábala, en la supersticion y en

UNIVERSIDAD DE CALIFORNIA

lo fantástico, lo que no habia podido hallar en la verdad y en la conciencia. Aldama estaba en esos momentos apropósito para hacer pacto con el diablo; y á falta de un diablo que por mas que hacia no podia haber á las manos, se propuso hacer pacto con la tia Teodora.

¡Quién sabe si en la imajinacion de Aldama surjia un resplandor de eternidad que lo lanzaba á lo sobrenatural!

En la tribulacion, el hombre virtuoso piensa en Dios, como la espresion de la eternidad.

El malvado, agobiado por su pequeñez y su miseria, busca lo sobrenatural, tambien se eleva, por que el espíritu propende á lo eterno; pero el malvado busca los abortos de la supersticion para consolarse.

Aldama pensó en Teodora como en un consuelo.

Teodora al recibirlo, leyó en la fisonomía de Aldama una grave pesadumbre.

—¡Tanto bueno por mi casa! esclamó Teodora, ya sabia yo que vendría usted hoy, Señor Don Felipe María Aldama y Bustamante.

Aldama no le habia dicho su nombre á Teodora.

—¿Sabia usted mi venida?

—Indudablemente.

—¿Ha venido alguien á buscarme aquí?

—Todavía nó.

—¿Luego usted sabe que vendrán?

—Sin duda, vendrán, pero tenemos tiempo de esperar, Señor Don Felipe.

Y luego, fijando una penetrante mirada en él, continuó.

—Usted sufre mucho.

—Mucho, Tia Teodora.

—Yo sé consolar á los aflijidos.

—En busca de consuelos vengo.

—Despues de escuchar sus penas buscaré el remedio: puede usted empezar.

—Yo amaba á una muger.

—Lo sé, dijo Teodora.

—Y acabo de cometer una accion infame.

—¿Y dice usted que la amaba?.

—Lo he descubierto despues de mi felonía

—¡Ah!

—He traspasado, como un mueble, á esa muger á mi amigo Quintero.

—¿Al caballero que vino con usted? Es muy simpático, desearia volver á verle.

—Tal vez le vea usted dentro de breves instantes.

Teodora se puso muy contenta con esta noticia.

—Despues de haber cedido á Quintero todos mis derechos de amante me he arrepentido.

—Siempre es bueno el arrepentimiento.

—Y como él no ha querido desistir le he desafiado.

—Eso es grave, Señor Don Felipe, usted sabe que el duelo está prohibido por reales cédulas, tanto en la Península como en sus dependencias.

—Lo sé.

—¿Y si fuese usted á morir, Señor Don Felipe?

Aldama se estremeció ligeramente á su pesar.

—Será mi destino: pero yo lo quiero saber afirmativamente antes de batirme por qne tendría que arreglar algunos asuntos.

Adivinar el miedo no es facultad exclusiva de las bru-

CAPILLA ALFONSINA

jas. Teodora conoció que Aldama estaba impresionado y que temia morir.

—Señor Don Felipe, dijo, el negocio que vamos á tratar es extraordinariamente grave. En mi ciencia está reputado como uno de los casos mas dificiles; y Astrólogos y hechiceros ha habido de mucho nombre, que por ningun dinero se han aventurado á ensayar la adivinacion en materia tan peligrosa.

Este ensayo Señor Don Felipe es uno de los que mas escándalo han causado á los Prelados y ministros del Tribunal de la fé, por que segun ellos dicen, hay tremendas excomuniones de varios Pontífices contra la abominable hercjía del sortilegio de vida ó muerte, que es como mi ciencia distingue este caso, que es nada menos que el penúltimo del *summum* de la alta hechizeria.

—Diga usted lo que sea necesario prevenir; por que á costa de cualquier sacrificio deseo saber la verdad.

—Un rico Señor ha gastado no ha mucho su fortuna en una prueba de estas, que salió fallida.

—Mi fortuna es bien limitada.

—No tanto, no tanto.

—Mi capital que será de . . .

—¿De cuanto?

—De cuarenta onzas de oro.

—¿Nada mas? preguntó Teodora fijándole una mirada escudriñadora.

—No, no; repuso Aldama, que no queria mentir, serán se tenta.

—No las pido todas; ni tal vez sea necesario hacer todas las pruebas. Nosotras tenemos una tarifa y en ella está cada

prueba con su precio. Segun los asuntos se emplean tres, cuatro y hasta veinte pruebas de distintos precios y se saca la cuenta con mucha facilidad.

—Tia Teodora, pagaré la cuenta.

—¿Bajo la fé de caballero?

—Se entiende.

—Pues espere usted un cuarto de hora, pero quieto y preparando su imajinacion para las pruebas, sin distraerse en fruslerías. El buen resultado depende de la exactitud en las prescripciones.

La tia Teodora salió y Aldama quedó solo.

Aldama vió su relox: eran las dos de la tarde.

—Al cabo de un cuarto de hora exacto, la tia Teodora volvió trayendo una banda de lana negra, de una hechura especial; era una especie de capuchon acolchado, se metia en él la cabeza, una jareta comprimia los ojos y otra comprimia los oidos con dos cojines.

Aldama se dejó poner el casco y en seguida no vió, ni oyó nada. Dejose conducir y comenzó á descender por una rampa; subió, volvio á bajar y por último sintió bajo sus piés un pavimento húmedo y percibió un olor acre y pestilente.

Aldama tocó un banco y sintió un movimiento que le indicó debia sentarse: se sentó.

En seguida sintió que le aflojaban las ligaduras de los ojos y de los oidos; desapareció su capucha y vió.

La bruja estaba enfrente de Aldama, como á tres pasos, sentada é inmóvil: no era ella la que le habia quitado la capucha.

Quiso volver la cara; pero la bruja dió un golpe con una varilla sobre una mesa que tenia cerca de ella y Aldama no

se movió.

—¡Cuidado con volver el rostro! dijo la vieja.

Reinaba un silencio profundo.

Solo se oia el ruido de una gota de agna que caia con regularidad semejando el ruido de un péndulo.

La tia Teodora dejó á Aldama observar unos instantes.

Nosotros, con el lector, observaremos tambien lo que alli habia.

No era aquello un subterráneo, por mas que las brujas no edifiquen sus laboratorios sino en las entrañas de la tierra.

Tales son las pragmáticas.

Pero el terreno estaba socavado hasta donde las filtraciones lo permitian.

La techumbre de aquella cueva eran gruesos troncos de árbol, de los que pendian varios objetos bien conocidos de los que algo saben de brujas, como la consabida cigüeña, el indispensable lagarto ó cocodrilo, el esqueleto humano, el orangutan disecado y con goznes: una lechuza viva y una abundante cria de murciélagos; un macho cabrío negro, un gato negro, vívoras conservadas en aguardiente, el hornillo y la retorta, sangre fresca, yerbas aromáticas y un estuche con varias sustancias químicas.

Como sé que la Tia Teodora no era una bruja de pacotilla.

Sabía las combinaciones químicas de ciertas sustancias, poseia el fósforo, el antimonio, la potasa caústica, sabia formar el arbol de Diana, y conocia algunos reactivos.

La tia Teodora sabía de memoria que la Quiromancia datába de época remota, citaba entre los antiguos á Artemidoro de Efeso, á Aristóteles en su libro primero de la historia de los animales, citaba tambien con aire pedantesco á Rodulfo

Goslenio, á Alejandro Achilino, y sobre todos al Judio llamado Ghedalia-Ben-Rabi-Josef-Jachija, quien publicó en 1570 un famoso libro de Quiromancia y Physionomía en el que el autor pretende hallar el origen de sus revelaciones en Enoch.

Acerca del origen de los gitanos, esplicaba que en 1417 aparecieron divididos en bandas en Alemania, de donde pasaron á Francia y á España, con el caracter de egipcios, que practicaban la penitencia de peregrinar siete años, pues pesaban sobre ellos las culpas de la apostasía de sus mayores, y la de haber negado hospedaje á la Virgen Maria en la huida á Egipto.

El Padre Martin Delrio, decia Teodora, escritor de este siglo, cuenta como cosa segura y esperimentada, que cuando se dá limosna á un gitano una moneda, todas las demas monedas que estan en la caja ó bolsa de donde salió aquella se desaparecen y van buscando á su compañera hasta que pasan todas á poder del gitano; aunque el sabio Padre Feijoó asiente en su Teatro Crítico universal que *él mismo vió muchas veces dar cuartos á esas gentes sin que sucediese tal cosa.*

Sabía Teodora perfectamente el compartimiento de los siete cuarteles en que se divide la mano, por medio de las rayas naturales, y que cada uno de estos cuarteles pertenece á uno de los siete planetas.

Teodora encontró en las manos de Aldama muy marcado el cuartel de Saturno, que pronostica dolores, llantos y desdichas, y el de Venus que indica el amor: poco marcado el cuartel de Marte, por lo que juzgó que sería desgraciado en lances; pero nosotros creemos que mas que toda la ciencia de la Tia Teodora el muchacho Manolo que rastreaba como un sabueso y espiaba como un policía, y la natural penetra-

CAPILLA ALFONSINA

cion y esperiencia de aquella muger, eran sus mas eficaces elementos para no equivocarse en sus pronósticos.

La Tia Teodora estaba vestida de ceremonia.

Tenía una túnica negra y un mandil de badana blanca con figuras simbólicas y adornaba su cabeza un casco formado de serpientes.

—¿Como te llamas? preguntó Teodora con voz lúgubre.

—Don Felipe Maria Aldama y Bustamante, dijo Aldama humildemente.

—Me basta: tienes cuarenta y dos años y eres natural de la Provincia de Alaba del Señorío de Vizcaya. Veamos, lo primero, por medio de las cartas si has cometido hurtos.

—Si se puede omitir esa prueba, será mejor, ganemos tiempo.

—Como quieras ¿cuantos hurtos?

—Creo que hasta nueve.

—El nueve es el gran número, hijo mio, con este número vamos á juzgar de muchas cosas.

¿Y muertes, hijo mio?

—Varias, contestó prontamente Aldama.

—Espera, espera, veamos el género de muertes para conocer el género de la tuya. Este es un dato necesario.

Teodora abrió un libro forrado en pergamino y leyó.

En seguida puso dos diversos ingredientes en dos cápsulas y dió fuego al hornillo, con una pajuela de azufre que encendió en la lámpara que alumbraba la cueva.

Sacó de una caja un pichon y de otra una víbora.

Pichon y víbora fueron degollados con una hacha sobre un tronco de arbol que hacia alli el papel de la piedra de los sacrificios.

La cabeza de la víbora la colocó en una cápsula, y la sangre del pichon en otra y ambas fueron puestas en los hornillos que guardaban una lámpara de alcol; á la sangre añadió unos polvos, y á la víbora un liquido. Al cabo de cierto tiempo, de la cápsula de sangre se desprendió una llama roja, y de la cápsula de la víbora un olor nauseabundo.

Tu primera víctima, dijo la Tia Teodora en tono profético, tu primera víctima era inocente; mira arder su sangre y subir en humo rosado hacia arriba.

La sangre de un pichon es una sangre inocente.

—Es cierto, dijo Aldama, mi primera víctima fué inocente.

—¿En donde la sacrificaste?

—En Cuautla de Amilpas. Fué un infeliz á quien dí muerte, por robarle cuatrocientos pesos, despues arrastré su cadáver y lo arrojé en una mina.

—¿Y tuviste serenidad para soportar la vista del cadáver?

—Concurri como alcalde, que era, á dar fé del hecho.

—¿Y no temblaste hijo mio?

—Tuve serenidad.

—Pues ya no la tendrás en adelante, por que un espíritu se ha posado sobre tu cabeza.

—¿Qué espíritu?

—Es el espíritu de las tinieblas, que te viene á anunciar la desgracia. Mira hacia aquel rincon de la derecha.

Aldama miró.

—¿Ves ese buho?

—Sí.

—¿Que lees en sus ojos?

Aldama guardó silencio

—Acércate.

CAPILLA ALFONSINA

Aldama se levantó y andubo algunos pasos.

El buho puso su estraña mirada en Aldama, con esa fijeza siniestra propia de estos animales.

—El buho, continuó la bruja está leyendo en el fondo de tu alma. ¿Quieres saber lo que hay allí?

—Acércate mas al buho y permance de pié sin moverte.

Aldama quedó dando la espalda á la bruja

Esta acercó una pajuela á uno de sus hornillos.

Aldama cuya imaginacion estaba ya casi calenturienta, iba adquiriendo la facultad de percibir distintamente las imágenes de sus ideas. La escitacion de su cerebro lo volvia soñador, avivaba su fantasía y percibia visiones que le helaban de espanto.

—Ya basta dijo la bruja. Acércate.

Aldama se acercó.

—Sopla por este tubo y apareceran ante tu vista las palabras que ha leido el espíritu en tu mente.

Aldama tomó un especie de soplete en sus manos. La bruja habia tomado de sobre la mesa una víbora mordiéndose la cola y formando un círculo, en cuyo centro habia un papel blanco.

—Este es el emblema de la eternidad: lo que leas escrito aquí, todo es cierto.

Sopla y leerás lo que hay en tu alma.

Aldama seguia soplando, sin apartar la vista de aquel círculo en el que poco á poco fueron apareciendo unos caracteres.

—Lee.

Aldama dejó de soplar y leyó.

"Miedo" "Remordimiento" "Crímen."

Aldama soltó el soplete. No cabía duda; aquellas letras se habian escrito solas, las habia visto aparecer sin que ninguna mano las trazara.

Aldama, asi como todos los que hasta entonces habian pasado por aquella prueba, no habian podido comprender que soplaban para llevar el calor de una lámpara á un papel escrito con tinta simpática.

Por medio de esta prueba la Tia Teodora habia logrado ver temblar de pavor á reconocidos criminales.

CAPILLA ALFONSINA